

RAZONES PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Juan José Tamayo Acosta

*Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones "Ignacio Ellacuría"
Universidad Carlos III de Madrid*

L. VIVIMOS EN TIEMPOS DE PLURALISMO RELIGIOSO Y CULTURAL

En España venimos de una larga -casi interminable- historia de religión única, la católica, fuera de la cual no había salvación. Así lo proclamaban al unísono la propia Iglesia católica y el Estado. La Iglesia, declarando anatemas a quienes no profesaran su fe tradicional. El Estado reconociéndola como la religión oficial del Estado, no permitiendo otras manifestaciones religiosas públicas distintas de la católica e identificando el ser español/a con el ser católico/a. Todavía quedan restos de esa confesionalidad al menos indirecta en la Constitución, cuyo artículo 16.3 afirma que los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrá relaciones de cooperación la Iglesia católica y las demás confesiones religiosas.

Hoy, empero, vivimos tiempos de pluralismo religioso. Un pluralismo que se manifiesta en las distintas áreas geo-culturales, pero también en el mismo territorio. En España, por ejemplo, se ha incrementado e intensificado dicho pluralismo por mor de la inmigración, entre otros factores. El resultado es la existencia de plurales religiones: catolicismo con una pluralidad de tendencias, protestantismo con una pluralidad de congregaciones, anglicanismo, Iglesia ortodoxa, budismo con sus distintas escuelas, hinduismo en su pluralidad de expresiones, judaísmo con distintas tendencias desde la ortodoxa a la reformista y restauracionista, islam en crecimiento en diferentes comunidades, movimientos religiosos de inspiración oriental con una gran vitalidad espiritual, etc. Se recupera, amplía y enriquece así una larga tradición de pluralismo que tuvo lugar en otras épocas de nuestra historia y que se interrumpió bruscamente por intereses políticos-religiosos que buscaban uniformar las creencias para el logro de la unidad política. Ello supuso un empobrecimiento y una actitud de intolerancia que llega a nuestros días y todavía se deja sentir en sectores católicos fundamentalistas.

También en otros países de Europa se recupera el pluralismo religioso que ha caracterizado la historia del viejo continente, donde han convivido religiones precristianas y sincretistas, junto con el cristianismo, el islam y el judaísmo, unas veces armónicamente y en actitud de conflicto. Asia, África y América son continentes con una larga historia de pluralismo religioso y cultural, que sigue viva hoy.

Venimos de tiempos de cultura única, la cultura occidental como cultura hegemónica, imperial, autoconsiderada universal, sin otra justificación que la imposición a otros pueblos la mayoría de las veces por la fuerza de las armas, y no de la razón. Una cultura que se ha asociado con el cristianismo como religión legitimadora de la supuesta universalidad, hasta dar lugar a la llamada cultura cristiana. Por mor de la globalización neo liberal se quiere seguir manteniendo dicha cultura como única y universal, cuando cualitativa y cuantitativamente es minoritaria.

Ahora vivimos en tiempos de pluralismo cultural, que se resiste a caer en las redes de la uniformidad. Asistimos a un despertar de las culturas otrora dominadas, que reafirman su identidad y su diferencia, reclaman con todo derecho y razón su reconocimiento en igualdad de condiciones que el resto de las culturas, y se niegan a aceptar tipologías o jerarquías que las sitúan en los últimos puestos de la clasificación y las acusan de primitivas, subdesarrolladas, trasnochadas y contrarias a la marcha de la historia. ¿Por qué la marcha de la historia -se preguntan- tiene que ser la que marca la cultura occidental? Sobre todo cuando comprueban en ella una ausencia de horizonte ético, un vaciamiento de energías utópicas, un empobrecimiento ideológico, una uniformidad en el pensar y no pocos síntomas de agotamiento en lo que a propuesta de alternativas de refiere.

El pluralismo cultural se da en un mismo territorio, no sólo en distintas áreas geográficas. Lo cual es un signo de riqueza que ofrece grandes posibilidades de interculturalidad.

2. PAPEL DE LAS RELIGIONES, EN LA TEORÍA DEL “CHOQUE DE CIVILIZACIONES”¹

¿Cuál es y cuál debe ser la actitud y la relación de las religiones entre sí? ¿Qué papel pueden y deben jugar hoy en la sociedad y, de manera más amplia, en el mundo?

Son preguntas que no admiten una sola respuesta, sino varias en función de las distintas teorías y los análisis sobre la situación política, religiosa y cultural. Una es la representada por Samuel Huntington, profesor de la Universidad de Harvard, quien viene anunciando de manera insistente el choque de civilizaciones primero en un artículo aparecido en la revista *Foreign affairs*, del verano de 1993, y luego en el libro titulado *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, que se ha traducido a los más importantes idiomas del mundo -26 hasta ahora- y se ha convertido en un *best seller*. Su tesis es doble. Una, que las culturas y las identidades culturales están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflictos en el mundo de la posguerra fría; la fidelidad cultural es lo que resulta más significativo para la gente, a su juicio. La revitalización de las religiones en distintas partes del mundo refuerza las diferencias culturales. Otra, que las guerras del siglo XX no se producirán entre clases sociales, porque éstas han desaparecido; ni entre las ideologías, porque estamos en el final de ideologías, y lo que impera es el pragmatismo en la soluciones; ni entre los sistemas políticos, porque no existe más que un único modelo, el demócrata-liberal, que ha conseguido imponerse en todo el mundo, con algunas excepciones que pronto dejarán de serlo; ni entre las naciones, porque las fronteras están establecidas de manera estable y no se prevén sobresaltos; ni entre los modelos económicos, porque, tras la caída del muro de Berlín y del derrumbe del socialismo real, existe un único modelo, el neoliberal, que ha logrado triunfar sin apenas resistencia en todo el planeta gracias a la estrategia ideológica de la globalización "realmente existente", de su mismo signo. Huntington formula su tesis en estos términos:

"La fuente esencial de conflicto en este mundo nuevo no será fundamentalmente ideológica ni fundamentalmente económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente predominante del conflicto serán de tipo cultural. Las naciones Estado seguirán siendo los actores más poderosos en la política mundial, pero los principales conflictos de dicha política se producirán entre naciones y grupos de civilizaciones distintas. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas divisorias entre civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro".

En este choque, Occidente debe mantener su superioridad tecnológica y militar sobre otras civilizaciones, sigue afirmando, y contener el desarrollo del poder militar - tanto convencional como no convencional- de China y de los países islámicos. La supervivencia de Occidente, afirma, depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los occidentales acepten su civilización como única y universal. Lo que exige a éstos unirse para preservar dicha civilización frente a los ataques procedentes de sociedades no occidentales.

Las pretensiones universalistas de Occidente le llevan directamente a entrar en conflicto con otras civilizaciones, especialmente con China y el islam.

Esto le lleva a oponerse a las propuestas de convivencia multicultural, y con más motivo a la interculturalidad. Huntington cuestiona a los multiculturalistas norteamericanos porque, a su juicio:

- a) Socavan la identidad de USA, definida culturalmente por la herencia de la civilización occidental, y definida políticamente por los principios del credo americano: libertad, democracia, individualismo, igualdad ante la ley, constitucionalismo, propiedad privada y religión; todos ellos forman un todo indivisible que hay que defender en su conjunto;

¹ Cf. S. P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997.

- b) Niegan la existencia de una cultura común USA, promueven identidades y agrupamientos raciales, culturales, étnicas subnacionales, y abogan por un país de muchas civilizaciones;
- c) Sustituyen los derechos de los individuos por los de los grupos definidos desde el punto de vista de la raza, la etnia, la preferencia sexual, etc.

El multiculturalismo representa, para Huntington, el final de los Estados Unidos de América y de la civilización occidental. Por eso no ve otra salida que el asimilacionismo.

En el choque de civilizaciones que se va a producir en el siglo XXI, según Huntington, a las religiones se les asigna un papel fundamental, pero no como pacificadoras en el conflicto, sino como actoras principales del mismo, como instancia legitimadora o como el líquido inflamable que se arroja al fuego del choque para que éste no se extinga. La función de las religiones en el choque de civilizaciones habrá de ser ofensiva como lo es la propia estrategia de Occidente en la preservación de su hegemonía cultural, política, económica y militar. De esa manera continuarían con su tradición bélica que las ha acompañado a lo largo de toda la historia humana. El principal y más agudo conflicto interreligioso se producirá entre el cristianismo y el islam, las dos religiones mayoritarias en el mundo, que agrupan a más de la mitad de la humanidad: 2000 millones, el cristianismo; 1200 millones el islam. El islam, a su juicio, constituye una amenaza para Occidente, para su estabilidad política, para su modelo económico neoliberal, para su unidad religiosa, para su identidad cultural.

Este punto de vista es compartido en parte por el cardenal Biffi, ex arzobispo de Bolonia, en una Carta Pastoral xenófoba dirigida a los fieles católicos de su diócesis en octubre de 2000, donde aboga por una política migratoria italiana que abra las fronteras del país a los inmigrantes de credo católico y limite la entrada a los inmigrantes musulmanes, ya que éstos "tienen un derecho de familia incompatible con el nuestro, una concepción de la mujer muy lejos de la nuestra (hasta admitir y practicar la poligamia). Sobre todo, tienen una visión rigurosamente integralista de la vida pública". "¡O Europa regresa al cristianismo o se volverá musulmana", asevera. Esta postura que proclama la defensa de la propia identidad es apoyada, e incluso elogiada, por Sartori, quien afirma: "Basta ya de éticas de principios, bienvenido el Cardenal que recuerda la ética de la responsabilidad". En consecuencia, deben ser controlados los flujos migratorios procedentes de los países musulmanes, que tienen pretensiones expansionistas y neoconquistadoras.

Huntington va todavía más allá y señala al islam como "la civilización menos tolerante de las religiones monoteístas". Por eso Occidente tiene que reforzar su hegemonía para librarse de él.

3. DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

No creo que pueda compartirse esta teoría que convertiría al mundo en un "coloso en llamas". El choque de civilizaciones no es la descripción de un hecho, y menos aún la ley que rige la historia. Se trata más bien, de una construcción ideológica del Imperio para mantener su poder sobre el mundo y, si nos descuidamos, sobre las conciencias de todos los ciudadanos. En su construcción ideológica el Imperio incluye a Dios, a quien invoca como aliado suyo, y al cristianismo, considerado expresa o tácitamente su religión oficial.

Es verdad que las religiones han sido fuente de violencia incluso en sus textos fundantes, como he intentado mostrar en un capítulo anterior de esta obra, y han alentado la violencia en las distintas sociedades a través de múltiples mecanismos. Pero no es menos cierto que las religiones y las civilizaciones poseen un potencial inexaurible de paz que es necesario activar. Las religiones no pueden seguir siendo fuentes de conflicto ni entre sí ni en la sociedad, ni en el terreno doctrinal ni en el moral. Deben reconocerse, respetarse y tender puentes de diálogo. El *diálogo interreligioso e intercultural* constituye el imperativo categórico y el principal desafío al que han de responder las

religiones si no quieren anquilosarse, ignorarse o, peor todavía, destruirse unas a otras. "Sin diálogo - afirma Raimon Panikkar-, el ser humano se asfixia y las religiones se anquilosan"²

En 1979 era Juan Pablo II, quien, unos meses después de su elección papal, llamaba a todos los cristianos a comprometerse en el diálogo interreligioso en su primera encíclica, *Redemptor hominis*: "Por ello todos los cristianos deben comprometerse a dialogar con los creyentes de todas las religiones, de forma que puedan crecer la comprensión y la colaboración mutuas, para reforzar los valores morales, para que Dios sea alabado en toda la creación. Hay que desarrollar nuevas formas para que este diálogo sea una realidad en todas partes, pero especialmente en Asia, continente que es la cuna de culturas y religiones antiguas".

3.1. Razones para el diálogo

La necesidad del diálogo interreligioso emana de una realidad incuestionable: la pluralidad de manifestaciones de Dios, de expresiones de lo sagrado y de experiencias del Misterio en la historia humana, así como de mediaciones de lo divino y de caminos de salvación. Las religiones no conceden la salvación; se mueven en el terreno de las mediaciones que pueden ayudar a los creyentes a conseguirla y sirven de cauce a las múltiples manifestaciones de lo divino. La uniformidad constituye un empobrecimiento del mundo religioso. Debe reconocerse y afirmarse, por ende, la pluralidad y la diferencia como muestras de la riqueza del mundo religioso.

Con frecuencia se cae en el peligro fácil de establecer una ordenación jerárquica de las religiones. Contra él ya prevenía juiciosamente el historiador Arnold Toynbee, quien argumentaba de esta guisa: "hoy no existe ser vivo que sepa lo suficiente para decir con seguridad si una religión ha sido -o sigue siendo, añado yo- más importante que todas las demás". La mayoría de las veces, la fijación de una jerarquía de las religiones no responde a criterios objetivos. Está motivado, más bien, por intereses confesionales, que llevan a priorizar a la propia religión y a hacer apologética ciega de la misma sin apenas sentido crítico.

El auténtico ecumenismo debe ser soteriocéntrico, y no eclesiocéntrico, cosmocéntrico, más que antropocéntrico. Dios, el cosmos y la salvación son tres dimensiones de la realidad en las que pueden verse reflejadas la mayoría de las religiones y constituyen una buena base para el diálogo, cuyo objetivo último es la búsqueda en común de la verdad, nunca la imposición de una religión a las otras. No cabe, por tanto, la arrogancia de proclamar apriorísticamente la excelencia de la propia religión al tiempo que se declara la falsedad de las demás. La verdad se encuentra en todas las religiones en la medida en que logran vivir con autenticidad los valores recogidos en los textos fundacionales (Vedas, Sermón de Benarés, Decálogo hebreo, Avesta, Sermón de la Montaña, Corán, etc.) y formular sus contenidos doctrinales de acuerdo con la sensibilidad cultural de cada época desde la fidelidad al espíritu originario. Asimismo, las limitaciones y los defectos propios de toda realización histórica afectada por la contingencia se encuentran en todas las religiones. El criterio último de discernimiento es la defensa de la dignidad de los seres humanos y de la tierra.

La búsqueda de la (v)Verdad -con mayúscula y con minúscula- se presenta como la gran tarea y el gran desafío del diálogo interreligioso. Y ello a sabiendas de que nunca llegaremos a poseerla del todo y de que sólo lograremos aproximarnos a ella. El carácter inagotable de la Verdad -con mayúscula- nos disuade de todo intento de apresarla en fórmulas rígidas y estereotipadas. La profundidad de la verdad -con minúscula- nos disuade de creer que hemos llegado al fondo. Por eso la mejor actitud es la que expresara Antonio Machado: "¿Tu verdad? No, la verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela".

² R. Panikkar, "Diálogo intrarreligioso", en C. Floristán y J. J. Tamayo, *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, Madrid, 1993, p. 1148.

El diálogo forma parte de la estructura del conocimiento. La razón es comunicativa, no autista, y tiene carácter dialógico. La verdad no se impone por la fuerza de la autoridad, sino que es fruto del acuerdo entre los interlocutores tras una larga y ardua búsqueda, donde se compaginan el consenso y el disenso. Esto es aplicable al conocimiento teológico en el terreno de las religiones. Así se ha operado en los momentos estelares del debate doctrinal dentro de la mayoría de las religiones. La metodología dialógica sustituye a la imposición autoritaria de las propias opiniones por decreto y quiebra los estereotipos de lo verdadero y lo falso establecidos por el poder dominante, en este caso por la religión dominante. Es verdad que esta metodología puede desembocar en rupturas, pero éstas responden muchas veces a las prisas a la hora de tomar decisiones y a la intransigencia de quienes fijan las reglas de juego. En todo caso siempre debe evitarse la injerencia de instancias de poder ajenas al ámbito religioso.

El diálogo no debe confundirse con el inoctrinamiento de los seguidores de otras religiones para que se conviertan a la propia. Nada tiene, por tanto, de proselitista. Obliga, más bien, a los interlocutores a estudiar la historia y los principios de las otras religiones con el mismo interés que la propia así como a reconocer sus valores, a escuchar las razones que han llevado a los creyentes a adherirse a ellas y a valorar en su justo término sus experiencias religiosas.

Tampoco puede perderse en disquisiciones sobre los aspectos diferenciales de cada religión para marcar las distancias. Por ese camino, las religiones se enrocarían en sus propias posiciones y se separarían cada vez más, generando un clima de enfrentamiento, al menos en el terreno conceptual, que suele ser el comienzo de conflictos mayores. No debe centrarse en la búsqueda de consensos doctrinales que dejarían insatisfechas a todas las religiones, pues eso les exigiría renunciar a aspectos fundamentales de cada una. Ello no significa que se evite la discusión e incluso la confrontación. Ambas son necesarias en todo diálogo vivo y exigente como el que llevan a cabo hoy los teólogos y las teólogas de las diferentes religiones.

El diálogo no pretende uniformar el mundo de los ritos, símbolos, creencias y cosmovisiones religiosas, que constituyen una de las principales riquezas de las religiones y de la humanidad, pero tampoco diluir las señas específicas de identidad de cada religión en un único modelo religioso.

En el diálogo interreligioso no puede aceptarse sin más la tesis de la Ilustración radical, que considera falsas todas las religiones, como tampoco la concepción católica tradicional de que sólo la religión católica es la verdadera, ni la idea de que todas las religiones poseen el mismo grado de verdad³. Muchos, y de muy distinto signo, han sido los criterios propuestos para juzgar la autenticidad de las religiones: la "verificación ética" y la "racionalidad filosóficamente demostrable" (W. James), la actuación global y sus consecuencias prácticas para la vida personal y para la convivencia social (J. Dewey), la coherencia teórica, la relación con el Absoluto, la experiencia religiosa interior, la propuesta de un sentido último y total de la vida, la transmisión de unos valores supremos no sometidos a los cambios epocales, el establecimiento de unas normas de conducta de obligado cumplimiento (H. Küng), etc. Todos ellos son complementarios.

El diálogo ha de partir de unas relaciones simétricas entre las religiones y de la renuncia a actitudes arrogantes por parte de la que en un determinado territorio o contexto cultural pretende considerarse la más arraigada o preponderante. Las religiones son respuestas humanas a la realidad divina que se manifiesta a través de diferentes rostros. Todas ellas forman un "pluralismo unitario" (P. Knitter). A su vez, cada una posee una "singularidad complementaria" abierta a las otras.

³ Ct: H. Küng, Teología para la postmodernidad, cit.

3.2. Correlacionalidad y responsabilidad global

Dos son las características que han de definir el diálogo interreligioso: la *correlacionalidad* y la *responsabilidad global*⁴. Con la idea de correlacionalidad quiero expresar que todos los participantes en el diálogo deben expresar sus convicciones con plena libertad; que las religiones sean consideradas iguales en derechos, si bien no necesariamente iguales en sus afirmaciones de verdad; que se reconozcan y se respeten las diferencias; que unas religiones aprendan de las otras. Los movimientos de liberación necesitan "no sólo religión, sino *religiones*", afirma Knitter con razón, ya que la liberación integral de los seres humanos y de la naturaleza resulta una tarea demasiado ardua y compleja para que se cargue sobre las espaldas de una sola nación, cultura, religión o iglesia. La cooperación en la praxis liberadora ha de ser intercultural e interreligiosa. Los mismos teólogos latinoamericanos de confesión cristiana son conscientes del potencial revolucionario y liberador que tienen las religiones no-cristianas. Es un diálogo tolerante y respetuoso del pluralismo.

Pero el diálogo y la tolerancia no pueden convertirse en fin en sí mismo o en algo absoluto, como tampoco en el objetivo último del diálogo interreligioso. Ambos tienen sus límites, que son las víctimas de la sociedad. Como indica certeramente D. Sölle, la tolerancia termina donde los seres humanos se ven privados de su libertad, destruidos en su dignidad y violados en sus derechos.

Esto nos lleva a subrayar la segunda característica del diálogo: que sea *globalmente responsable* en las respuestas a los graves problemas de la humanidad y del planeta, que se convierten en imperativo para todas las religiones. La principal preocupación de toda religión que se crea auténtica ha de dirigirse a la situación de pobreza y opresión en que viven las mayorías humanas y el cosmos. El conocimiento de Dios y la fe en él no se quedan en el plano puramente doctrinal; llevan a "practicar a Dios". La opción por los pobres es una dimensión constitutiva del ser de Dios, y la praxis de liberación es la traducción histórica de dicha opción.

El horizonte del diálogo es la *salvación* como experiencia radical de sentido frente al sin-sentido de la muerte y a la vida sin-sentido de muchos seres humanos. Salvación formulada y expresada en las religiones de distintas formas: nirvana, moksa, resurrección de los muertos, vida eterna, inmortalidad del alma, etc. En todas las religiones se da una tensión fecunda entre la conciencia de finitud y contingencia del ser humano, por una parte, y la aspiración a la vida sin fin, liberada de todas las opresiones que nos esclavizan, por otra. Es en ese terreno, y dentro de la pluralidad de respuestas, donde las religiones pueden aportar sus mejores tradiciones a la causa de salvación-liberación de la humanidad.

El *cosmos* es el lugar natural del ser humano y del *Lagos* de Dios, el lugar de encuentro de todos los seres, el centro neurálgico de todo proyecto de liberación, el espacio común en que las religiones viven su proyecto de salvación. Algunas religiones -entre ellas, el cristianismo- han pasado por el cosmos como por brasas, desentendiéndose de su responsabilidad para con él, e incluso convirtiéndolo en basurero de los desechos de las sucesivas civilizaciones. Sin embargo hay que afirmar que la salvación del cosmos es inseparable de la salvación del género humano, la liberación de la naturaleza inseparable de la liberación de los oprimidos y oprimidas. En esa tarea las religiones tienen un papel irrenunciable. La teología de las religiones debe desarrollarse en perspectiva ecológica.

Uno de los objetivos del diálogo interreligioso es, como afirma con precisión H. Küng, "la búsqueda de un 'ethos' básico universal"⁵, en otras palabras, un consenso ético en torno a las grandes

⁴ Cf. Knitter, P., "Toward a Liberation Theology of Religions", en J. Hick, y P. K. Knitter, *The Myth of Christian Uniqueness*, op. cit., pp. 170-200; Id., *One Earth, Many Religions. Multifaith Dialogue and Global Responsibility*, Orbis Books, Maryknoll, 1995. Para un mejor conocimiento del pensamiento de P. Knitter, remito a la excelente investigación de A. Moliner, *El pluralismo interreligioso y la perspectiva de las víctimas. Estudios de las aportaciones de Paul Knitter*, Facultad de Teología de Catalunya, Barcelona, 2001.

⁵ H. Küng, "A la búsqueda de un 'ethos' básico universal de las grandes religiones": *Concilium* 228 (marzo 1990), pp. 289-309.

causas de la humanidad pendientes de resolver: la paz y la justicia, la igualdad de derechos y deberes y el respeto a las diferencias culturales, la protección del medio ambiente y los derechos de la tierra, la defensa de los derechos de los seres humanos y de los pueblos, y la emancipación de las mujeres.

Las religiones poseen un importante potencial ético expresado por medio de sus preceptos fundamentales que hay que practicar siempre y en todo lugar. Así Confucio: "Lo que no deseas para ti, no lo hagas a los demás seres humanos". También el judaísmo: "Todo cuanto queráis que os hagan los seres humanos, hacédselo también vosotros". Y el cristianismo: "Todo cuanto queráis que os hagan los seres humanos, hacédselo también vosotros" (Mt 7, 12; Lc 6, 31a)⁶. Pero no podemos quedarnos ahí.

Además de principios éticos generales, las religiones pueden ofrecer modelos de vida inspirados en las grandes personalidades religiosas (Confucio, Buda, Laotsé, Jesús de Nazaret, Muhammad, Francisco de Asís, Gandhi, Luther King, Bonhoeffer, Ellacuría, Dalai Lama, Teresa de Calcuta, etc.), motivaciones morales convincentes para actuar -no sólo ideas eternas o normas generales- que se plasman en nuevas actitudes y estilos de vida, una determinación de fines frente al vacío que con frecuencia caracteriza nuestro mundo, y un horizonte de sentido de la vida, de la historia, del cosmos y en el horizonte de una realidad última que actúa ya en el presente (inmortalidad, resurrección, *moksa*, *nirvana*, vida eterna, paraíso) y trasciende la muerte⁷.

3.3. El desconocimiento mutuo y la descalificación, obstáculos para el diálogo

Dos de los obstáculos más serios para el diálogo interreligioso son el desconocimiento que tiene cada religión de las demás y las descalificaciones mutuas que se hacen. Éstas son tanto más gruesas y viscerales cuanto mayor es el desconocimiento entre ellas. Las certezas se refuerzan cuanto más crasa es la ignorancia. A la hora de juzgar y valorar a las otras religiones, no se suele partir de una información objetiva al respecto. Frecuentemente se opera con estereotipos que terminan por deformar el sentido profundo de la religión.

Un ejemplo de esa correspondencia fatal entre desconocimiento y descalificación y entre ignorancia y certezas, así como de la generalización de los estereotipos, se encuentra en la actitud del clero secular y de los religiosos españoles ante el islam. Según una encuesta elaborada por la Asociación Darek-Nyumba, que promueve el diálogo islamo-cristiano⁸, la actitud más extendida entre los religiosos y sacerdotes de nuestro país hacia la religión musulmana es la *indiferencia*, que alcanza a algo más del 30%, seguida de la falta de opinión, con un 19,80%, lo que revela un elevado nivel de ignorancia sobre el islam, tratándose de personas con estudios universitarios. Le sigue la antipatía, con un 15,14%. Sólo un 15,55% ve con simpatía al islam.

Los adjetivos con que califican a esta religión responden a los estereotipos usuales y son peyorativos en extremos. El 46,81% la considera *fanática*; el 26,71%, *machista*; el 8,93%, *fundamentalista*. La opinión sobre Mahoma y su misión profética admite más matices: el 73,59% le reconoce como profeta; el 8,93% le considera un iluminado; el 3,30% le ve como un falso profeta; el 4,07% le tiene por un verdadero profeta.

La ignorancia sobre el islam, que me atrevería a calificar de enciclopédica, está muy extendida entre el clero secular y los religiosos españoles. En tomo al 55% confiesa que no ha leído nada o apenas nada sobre él; un 21,29%, que ha leído, pero hace tiempo; sólo un 23,83% asevera haber leído algo recientemente. Similares son las cifras sobre la lectura de *El Corán*: el 53,01% no lo ha leído; el 40,58% ha leído algún trozo.

⁶ Cf. H. Küng, "Ekumene abrahámica entre judíos, cristianos y musulmanes", en J.J. Tamayo (ed.), *Cristianismo y liberación. Homenaje a Casiano Floristán*, Trotta, Madrid, 1996, p. 53.

⁷ Cf. el excelente artículo de H. Küng, que acabo de citar en la nota anterior, pp. 43-57.

⁸ Los datos de la encuesta han sido recogidos y comentados en la revista *Encuentro islamo-cristiano*: n. 342 (octubre 2000).

Si del conocimiento del islam a través de los libros pasamos al trato directo con musulmanes, los datos de la encuesta son los siguientes: casi el 38% no ha tenido relación alguna con ellos; el 31,27%, sólo mantenido relación ocasional; el 6,3% ha establecido lazos de amistad personal.

Ahora bien, el conocimiento de las otras religiones no tiene por qué implicar la renuncia a la propia identidad religiosa. El diálogo que aquí se defiende tiene lugar entre identidades abiertas, mutuamente fecundantes.

A través del diálogo, siempre crítico y autocrítico, los interlocutores toman conciencia del peligro que acecha a las religiones de convertir las mediaciones en metas y de encerrar el Misterio en los estrechos límites de las instituciones religiosas. Por eso, puede ser una buena oportunidad para descubrir la necesidad que tienen las religiones de purificarse y renovarse. El diálogo interreligioso no tiene como objetivo imponer la uniformidad de los ritos, símbolos, creencias y cosmovisiones, como tampoco diluir las señas de identidad de cada religión en un único universo religioso. Ni siquiera pretende dirimir las diferencias de carácter religioso o filosófico, o llegar a acuerdos en cuestiones doctrinales. Lo que no excluye el debate y la confrontación, siempre que haya cuestiones que requieran clarificación. Las diferencias permanecerán después del diálogo, pero desaparecerán las descalificaciones gratuitas y las desconfianzas infundadas.

3.4. La oración interreligiosa

El clima de diálogo es el más propicio para la oración, experiencia religiosa que consideran igualmente necesaria los creyentes de las distintas religiones. Así lo expresaba Juan Pablo II en el *Mensaje* a los pueblos de Asia, en Manila (21-02-1981): "Lo que parece igualar y unir al mismo tiempo, de forma particular a cristianos y creyentes de otras religiones es el reconocimiento de la *necesidad de la oración*, como expresión de la espiritualidad del ser humano orientada hacia el Absoluto. Incluso cuando para algunos es el Gran Desconocido, sigue siendo siempre, sin embargo, en realidad el mismo Dios viviente".

El libro de R. Uuill *El gentil y los tres sabios*, ilustra el encuentro interreligioso a través de la oración. El pensador mallorquín imagina un diálogo en torno a la fe entre un pagano y tres sabios representantes de las tres grandes religiones monoteístas -judaísmo, cristianismo e islam-. Cada uno va exponiendo al gentil el contenido de su religión. Cuando todos han terminado su exposición, el gentil dirige una alabanza a Dios. Ninguno de los tres sabios osó preguntarle cuál de las religiones había abrazado y a qué dios se había dirigido en la oración de alabanza. Antes de dirigirse cada uno a su lugar de residencia, los tres sabios se pidieron perdón y acordaron seguir dialogando.

4. TOLERANCIA

Actitud inseparable del diálogo es la *tolerancia*, que no debe entenderse en el sentido pasivo y resignado de aguantar, soportar o consentir, sino activamente, como capacidad de relacionarse y convivir con personas y grupos humanos pertenecientes a tradiciones culturales, religiosas y espirituales distintas de las nuestras, dentro del respeto a las diferencias y sin pretender imponer el propio credo o modo de vida. El mundo de las creencias es tan personal e intransferible que sólo puede transmitirse por medio del testimonio y la argumentación razonada, pero nunca por la fuerza.

Con motivo de su 50 aniversario, la ONU y la UNESCO establecieron en 1995 la proclamación de un "año de la tolerancia" y aprobaron una "declaración de principios sobre la tolerancia. El texto define la tolerancia como "el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro tiempo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos..., la armonía en la diferencia" (artículo 1.1). El fomento de la tolerancia tiene lugar por vía del conocimiento, de la comunicación y de la actitud de apertura, así como de la libertad de pensamiento, de conciencia y de

religión. Se trata de un deber moral amén de una exigencia política y jurídica. Por eso, su práctica obliga por igual a los Estados, los grupos y los individuos. Implica el rechazo del dogmatismo y del absolutismo, y la negativa a imponer las propias ideas a los demás. Pero nunca puede exigir ni la renuncia a las propias ideas y creencias ni a transigir con la injusticia social.

La tolerancia es condición necesaria para la paz, así como ésta es condición necesaria para el desarrollo y la democracia (artículo 2.3). Su contrario, la intolerancia, reviste con frecuencia la forma de marginación de grupos vulnerables, de exclusión de la participación social y política y de violencia contra ellos. Estos fenómenos suelen llevar a la frustración, la hostilidad y el fanatismo (artículo 2.1).

La Declaración hace especial hincapié en la educación para tolerancia, que considera un imperativo urgente y define como "enseñar a las personas los derechos y libertades que comparten, para que puedan ser respetados, y en fomentar además la voluntad de proteger los de los demás" (artículo 4.1). El objetivo de dicha educación es doble: por una parte, la ayuda a los jóvenes para que desarrollen sus capacidades de juicio independiente, pensamiento crítico y razonamiento ético; por otra, contrarrestar las influencias que generan temor y exclusión. Para que la educación en la tolerancia dé resultados es necesario desarrollar programas de investigación sobre el tema, mejorar la formación del personal docente, los planes de estudio, así como las políticas y los programas educativos. Todos ellos deben contribuir al "desarrollo del entendimiento, la solidaridad, y la tolerancia entre los individuos, y entre los grupos étnicos, sociales, culturales, religiosos y lingüísticos, así como entre las naciones" (artículo 4.2).⁹

Uno de nuestros clásicos del siglo XIX, el escritor Mariano José de Larra, se adelantó en casi dos siglos a lo que venimos diciendo al vincular la religión con la tolerancia y la libertad. Lo hizo en 1835, en el prólogo a la traducción castellana de *Palabras de un creyente*, del teólogo liberal francés Felicité Lammenais, condenado por Gregorio XVI en la encíclica *Mirari Vos*:

"El protestantismo hermanó la libertad con la religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo? Religión como únicamente puede existir: acompañada de tolerancia y de la libertad de conciencia, libertad civil, igualdad completa ante la ley", e igualdad que abra la puerta a los cargos públicos para los hombres todos según su idoneidad y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y la libertad absoluta de pensamiento escrito"¹⁰.

5. LAS RELIGIONES ANTE EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

La mayoría de las religiones muestra hoy una disposición favorable al diálogo interreligioso, salvo en sus tendencias fundamentalistas, que lo rechazan frontalmente por considerarlo contrario a la autenticidad de la propia doctrina. Veamos, muy en síntesis la postura de las distintas religiones al respecto.

El hinduismo cree que ninguna religión es capaz, por sí sola, de satisfacer a todos los seres humanos. Dado que, según Swami Sankarananda, presidente del Ramakrishna Math y Misión (India), cada uno debe tener la religión que dé satisfacción a sus inquietudes, es necesario que haya muchas religiones y que cada uno sea libre de elegir. Lo que es contrario al hinduismo es el odio, la santurronería y el fanatismo religioso. "Tantas creencias, tantos caminos", afirmaba Ramakrishna, uno de los grandes profetas de esta religión.

El budismo adopta una actitud de respeto, e incluso de amistad, hacia las otras religiones, si bien no cree que todas ellas tengan la misma meta y que coincidan en la interpretación de la suprema Verdad. Pero no se queda en el respeto y la amistad, sino que coopera con las demás religiones en las

⁹ Tomo las citas de la Declaración de F. Torradeflot (ed.), *Diálogo entre religiones. Textos fundamentales*, Trotta, Madrid, 2002, pp. 54-60.

¹⁰ M. J. Larra, *Obras Completas*, Madrid, 1960, pp. 292-293.

respuestas a los grandes problemas sociales, políticos y espirituales del mundo, como demuestra el Dalai Lama, una de las personalidades más relevantes en el trabajo por la paz desde la no violencia. El buddhismo se ha caracterizado por la tolerancia. Lo que no significa que en su seno no se den comportamientos fanáticos e incluso violentos, sobre todo cuando llega a convertirse en religión oficial del Estado.

El confucianismo descubre la existencia de un núcleo común en todas las religiones e interpreta las diferencias como caminos distintos para el logro del mismo objetivo. Chun I T'ang, rector del Asia Collage en Hong Kong, cree que el camino para resolver la división y el choque de civilizaciones no es el imperialismo religioso, como tampoco el sincretismo. La solución se encuentra en el respeto que han de mostrar todas las religiones entre sí. En vez de juzgar sobre quién de los sabios es el más grande o quién ha logrado un grado más elevado de espiritualidad, es mejor concentrar las energías espirituales en mejorar la personalidad de cada uno para llegar a la estatura a la que ellos han llegado.

El judaísmo cuenta con una larga historia de colaboración con otras creencias en el esfuerzo por construir una sociedad mejor y se ha mostrado crítico con su no muy ejemplar comportamiento como "pueblo elegido". Pensadores y dirigentes judíos, como Maimónides (s. XII), han reconocido a Jesús de Nazaret y a Mahoma como profetas y guías de la humanidad hacia la fe en Dios y han intentado hacer compatible la lealtad a la propia fe con una lealtad más amplia a la fe en general. Abba Hillel Silver, rabino de Cleveland (Ohio, USA), cree que existe un amplio espacio de intereses comunes en el que todas las religiones pueden colaborar, influirse mutuamente y aprender las unas de las otras.

El cristianismo, a nivel oficial, defiende el diálogo interreligioso, si bien con una serie de presupuestos, que expone el cardenal Francis Arinze, del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. El primero es que, en el encuentro con otros creyentes, los cristianos lo hacen como miembros de una comunidad cristiana y desde su propia identidad religiosa. El diálogo no puede exigir a los cristianos y cristianas que renuncien, pongan entre paréntesis o en duda algunos principios de su fe como tampoco sus prácticas religiosas. En segundo lugar, los cristianos creen que Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, es el único Salvador de la humanidad y que sólo en la Iglesia fundada por Cristo se encuentran los medios para la salvación plena, sin que ello desemboque en triunfalismo o genere complejo de superioridad. El diálogo no puede llevar a un relativismo religioso. En tercer lugar, junto a las diferencias, que no pueden minusvalorarse, en el diálogo se van descubriendo elementos comunes a todas las religiones: la creencia en un Dios Creador, la práctica de la oración y de la meditación, la importancia del peregrinaje, la búsqueda de la trascendencia, etc.

Como puede apreciarse fácilmente, el planteamiento del cardenal Arinze sobre el diálogo interreligioso responde a los principios restrictivos de la declaración *Dominus Iesus*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, analizada en esta obra. Dentro del catolicismo existen, empero, otras iniciativas y propuestas de diálogo y de teología en clave interreligiosa que se mueven en el marco de unas relaciones simétricas. Los encuentros de oración del papa Juan Pablo con líderes de otras tradiciones religiosas y espirituales se caracterizan por una mayor apertura en este campo que los propios documentos oficiales.

La actitud del Islam hacia las creencias religiosas viene fijada por las enseñanzas de *El Corán*, que defiende el derecho fundamental de la libertad religiosa para toda persona: "no hay coacción en la religión", afirma expresamente. Es el propio texto sagrado el que declara que la humanidad no tiene ni tendrá un mismo credo. Ahora bien, todo credo implica el compromiso con el bien, y si en algo tienen que competir las religiones es precisamente en el esfuerzo común por el bien.

Una de las religiones más comprometidas hoy con el diálogo interreligioso vinculado siempre a la búsqueda de caminos de paz es la *Fe Bahá'í*, que está presente en todos los encuentros de

religiones¹¹. Miguel Gil, teólogo de esta comunidad y uno de sus miembros más activos en la actividad macroecuménica mundial, reconoce las siguientes virtudes al diálogo: respeto, autodistanciamiento, empatía, simpatía-compasión, tolerancia, cortesía y amor. El respeto es la consideración que debemos a los demás; se caracteriza por la prudencia y la cortesía, actitudes ambas que evitan la precipitación en los juicios. Eso no significa que se consideren iguales todas las creencias. El autodistanciamiento es definido como desapego intelectual y emotivo ante las propias creencias. No debe confundirse con la duda sobre la fe que uno profesa. La empatía implica la recreación de la experiencia religiosa de los demás en uno mismo. La simpatía y compasión subrayan la idea y la actitud del compartir. La tolerancia es, quizá, la virtud que debe preceder a las anteriores.

6. LOS PARLAMENTOS DE LAS RELIGIONES DEL MUNDO: EJERCICIOS DE DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Encontramos un ejemplo de diálogo interreligioso en los Parlamentos de las Religiones del Mundo celebrados en Chicago (USA), Ciudad de Cabo (Sudáfrica) y Barcelona (España)¹². El primero tuvo lugar en 1893 en Chicago con motivo de la Exposición Colombina, conmemoración del IV Centenario de la llegada de Colón a América. Fue el primer acontecimiento interreligioso de gran envergadura que constituye el comienzo del movimiento interreligioso moderno. Con el nombre de *Parlamento* se pretendía subrayar la igualdad de todos los participantes, no su capacidad de legislar o ejecutar acuerdos.

Congregó cerca de cincuenta religiones. Los judíos, en su mayoría reformistas, pero también los ortodoxos, contaron con una presencia importante y tuvieron una participación relevante. El islam tuvo con una exigua representación: su principal exponente fue un norteamericano convertido. Los negros norteamericanos fueron prácticamente excluidos. Destacó la presencia de los budhistas, que contaron con 12 ponentes procedentes de Asia, entre ellos Dharmapala, y de los hindúes, con la asistencia del joven Swami Viverkananda, portavoz espontáneo del movimiento interreligioso que entonces empezaba a caminar: "El cristiano -dijo- no debe hacerse hindú, ni budhista, ni el hindú y el budhista deben ser cristianos. Cada uno ha de asimilar el espíritu de los otros al mismo tiempo que ha de perseverar en su particularidad, y creer según su propia ley de crecimiento"¹³.

El Comité estuvo formado por un rabino reformista, un unitarista, catorce pastores protestantes y el arzobispo católico de la arquidiócesis de Chicago. En el saludo dirigido a los participantes, el impulsor del Parlamento, Charles Carroll Bonney, anunciaba el nacimiento de una nueva fraternidad en el mundo del progreso humano: "la fraternidad entre las religiones". Eso sucedía en medio de la Modernidad, que había recluso a la religión en la esfera privada. El presidente del parlamento, John Henry Barrows, adoptó un tono ecuménico y se refirió al sabio Buda, al Sócrates buscador de la verdad, a Pablo de Tarso predicador de Jesús "a la sombra del Paternón" y a los apóstoles de la tolerancia Jeremy Taylor, John Milton, Abraham Lincoln, sin olvidarse de Lessing, quien un siglo antes, había escrito *Natán el Sabio*, la obra que en plena Ilustración abría el camino del diálogo interreligioso desde la tolerancia y el respeto al pluralismo¹⁴.

Las cuarenta y cinco religiones presentes concurrían en igualdad de condiciones. Ninguna se presentaba como superior a las demás. Con todo, no llegó a ser un parlamento intercultural, ya que estuvo marcado por el protagonismo anglosajón y por la centralidad del cristianismo. No estuvieron representados los aborígenes, los mormones, los afroamericanos, como tampoco los musulmanes, sikhs y budistas tibetanos. Hubo ausencia de los anglicanos por expresa prohibición de su Iglesia.

¹¹ Cf. M. Gil Santesteban, *Diálogo de religiones. Camino de paz*, prólogo de Raimon Panikkar, Arca Editorial, Barcelona, 2001.

¹² M. Braybrooke, "El movimiento interreligioso: un programa canviant": *Dialogal. Quaderns de l' Associació UNESCO per al Diàleg Interreligiós* 9 (primavera 2004), pp. 6-11.

¹³ Tomo la cita de *Diagonal* 4, p. 31.

¹⁴ Cf. J. Jiménez Lozano, F. Martínez, R. Mate y J. Mayorga, *Religión y tolerancia*. En tomo a *Natán el Sabio* de E. Lessing, Anthropos, Barcelona, 2003.

Justo un siglo después, se celebraba en la misma ciudad norteamericana el *II Parlamento de las Religiones del Mundo*, al que asistieron 8000 personalidades pertenecientes a numerosas tradiciones religiosas y espirituales: hinduismo, budismo, taoísmo, jainismo, judaísmo, cristianismo, neopaganismo, sikhs, teosofía, Bahai, Brahma Kumaris, organizaciones interreligiosas y otras muchas cuyas firmas no son identificables. Ha sido considerado el mayor encuentro de representantes de las religiones del mundo de toda la historia.

Responsable del Parlamento fue el Consejo para el Parlamento de las Religiones del Mundo, cuyos objetivos son el fomento de la comprensión y de la cooperación entre las comunidades e instituciones religiosas, la consideración del pluralismo religioso como una riqueza. A partir de aquí tiene como prioridad el diálogo interreligioso a nivel institucional y la potenciación de una ética para toda la humanidad. Una de las críticas que se le hace al Consejo es su etnocentrismo cultural de cuño occidental.

En el II Parlamento se constató la enorme influencia que las religiones siguen ejerciendo en la conducta de gran cantidad de seres humanos y en la marcha de la humanidad. En torno a 4.800 millones de personas están vinculadas a alguna tradición religiosa y espiritual, lo que representa más de tres cuartas partes de la población humana mundial. En un clima de diálogo, y dejando a un lado lo que pudiera separarlas en los terrenos cultural y doctrinal, las religiones tomaron conciencia de su responsabilidad a nivel planetario y vieron la necesidad de asumir como propios los grandes desafíos de la humanidad, según puede leerse en la Declaración final, redactada por Hans Küng:

"Todos somos responsables en la búsqueda de un orden mundial mejor... Nosotros, en tanto que seres humanos orientados espiritual y religiosamente, que fundamentan su vivir en una realidad última y de ella obtienen su actitud confiada, mediante la oración o la meditación, a través de la palabra o el silencio, su fuerza espiritual y su esperanza, nos sentimos en la especialísima obligación de procurar el bien de la Humanidad entera y de procurar el planeta Tierra. No nos consideramos mejores que los demás, pero tenemos fe en que la secular sabiduría de nuestras religiones será capaz de abrir nuevos horizontes de cara al futuro"¹⁵.

Las religiones coincidieron en el diagnóstico sobre la enfermedad que aqueja a la humanidad hoy, así como en las denuncias a llevar a cabo y en los compromisos a asumir. En el diagnóstico llaman la atención sobre la crisis radical que atraviesa el mundo de la economía, de la política y de la ecología. Visualizan los dramáticos enfrentamientos entre los pueblos, las clases sociales, las razas, los sexos y las religiones. Reconocen que a veces son las propias religiones las que provocan o atizan las tensiones al fomentar comportamientos fanáticos, xenófobos y excluyentes e inspirar y justificar enfrentamientos violentos y al convertirse en instrumentos para la conquista del poder político.

Constatan la necesidad de que los hombres y las mujeres de distintas religiones deben asumir un compromiso con los derechos humanos y creen que no es posible un nuevo orden mundial sin una ética mundial como tampoco un derecho sin eticidad. La Declaración entiende por ética mundial no una nueva ideología, ni una nueva religión universal y menos aún la hegemonía de una religión sobre las demás, sino "el consenso básico sobre una serie de valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes básicas personales".

Las denuncias del Parlamento de Chicago se centran en el mal uso del ecosistema del planeta, en las desigualdades económicas y en el desorden social, tanto nacional como internacional.

Las religiones reunidas en el II Parlamento asumieron cuatro compromisos fundamentales: a favor de una cultura de la no violencia y de respeto a toda vida, conforme al imperativo ético "¡No

¹⁵ H. Küng, y K. J. Kuschel (eds.), *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las Religiones del Mundo*, Trotta, Madrid, 1994, p. 21.

matarás!" o formulado en positivo "¡Respetar la vida!", presente en todas las religiones; a favor de una cultura de la solidaridad y de un orden económico justo, conforme al imperativo moral "¡no robarás!" o formulado en positivo "Obra con justicia y sin doblez"; a favor de una cultura de la tolerancia y de un estilo de vida honrado y veraz, conforme al imperativo "¡No mentirás!" o formulado en positivo "Habla y actúa desde la verdad"; a favor de una cultura de igualdad y camaradería entre hombres y mujeres, conforme al imperativo transmitido por todas las religiones "¡No te prostituirás ni prostituirás a otros" o formulado en positivo "¡Respetaos y amaos los unos a los otros!".

El III Parlamento de las Religiones se celebró en un clima reflexivo, convivencial y festivo en Ciudad del Cabo del 1 al 8 de diciembre de 1999 con la participación de alrededor de 7000 personas pertenecientes a más de setenta y cinco países, que analizaron los grandes problemas del mundo actual, se buscaron convergencias éticas y se propusieron acciones comunitarias¹⁶. Fue una maravillosa experiencia de diversidad cultural, religiosa y espiritual, de encuentro e intercambio. Los temas de reflexión y análisis fueron los siguientes: encuentro entre religión y espiritualidad; encuentros con miembros de la propia tradición religiosa o espiritual y con los de otras; llamamiento a un compromiso creativo; recopilación de más de 300 iniciativas de solidaridad; simbiosis con la realidad sudafricana. Hubo también simposios en torno a cuestiones como liberación social, economía del futuro, diálogo ciencia-religión, actividad interreligiosa, desarrollo sostenible, Carta de la Tierra, microcréditos, no-violencia.

En la Asamblea del Parlamento participaron más de 350 dirigentes religiosos y espirituales, activistas y expertos. Estuvieron presentes cerca de 100 observadores representantes de diferentes instituciones sociales no religiosas, como el mundo de la educación, de las finanzas, de los medios de comunicación, de las artes, de las ciencias naturales, así como organizaciones no gubernamentales e intergubernamentales. La presencia de estos representantes permitió abordar las posibilidades de una "cooperación creativa" en proyectos y acciones concretas entre las instituciones dirigentes y las religiones. Se presentaron más de doscientos proyectos.

Este Parlamento no debe entenderse como una asamblea legislativa ni como una plataforma para hacer discursos, aprobar acciones políticas o resoluciones. Fue un foro de diálogo y de relación mutua que hizo un llamamiento a las instituciones dirigentes al diálogo activo y permanente en torno a la creación de un "futuro justo, pacífico y duradero para la prosperidad de toda la comunidad humana". El llamamiento se dirigía a ocho tipos de instituciones: religión y espiritualidad; gobiernos; agricultura, trabajo, industria y comercio, educación; artes y medios de comunicación; ciencias naturales y medicina; organismos intergubernamentales internacionales; organizaciones de la sociedad civil.

Se propusieron seis caminos: creación de una comunidad en la diversidad (pluralismo, diversidad y diálogo); compromiso por el sostenimiento (ecología); aspiración a la justicia (pobreza y desarrollo); solidaridad y servicio; búsqueda de un fundamento espiritual; colaboración creativa¹⁷.

El IV Parlamento de las Religiones del Mundo ha tenido lugar en Barcelona del 7 al 13 de julio de 2004 bajo el lema "Senderos de paz: el arte de saber escuchar, el poder del compromiso". En él se pretende destacar dos aspectos: la escucha de cada uno a sí mismo, de los unos a los otros, a sus tradiciones, a su mundo. La escucha lleva a cuestionar los propios prejuicios y ampliar las perspectivas, a crecer y enriquecerse en todos los ámbitos de la existencia. Ayuda, a su vez, a descubrir que no estamos solos y que hay razones para la esperanza, que "cambiar el mundo es posible". Un cambio que exige previamente el compromiso ético, lugar de encuentro de todas las religiones.

¹⁶ Cf. G. Gebhardt, "De Chicago al manifiesto de Ciudad del Cabo de 1999": *Concilium* 292 (septiembre 2001), pp. 533-551.

¹⁷ El Documento final del III Parlamento está recogido en F. Torradeflot (ed.), *Diálogo entre religiones. Textos fundamentales*, Trotta, Madrid, 2002, pp. 97-116.

Tres son los ejes en torno a los que gira dicho Parlamento: las distintas identidades religiosas, el diálogo interreligioso y el compromiso de las religiones en la construcción de un mundo mejor. Entre las experiencias de diálogo que tendrán lugar cabe destacar tres: el diálogo de civilizaciones, en el que intervienen el teólogo suizo Hans Küng y la Premio Nóbel de la Paz Shirin Ebadi; judíos, cristianos y musulmanes en Jerusalén; Encuentro entre Oriente y Occidente. Uno de los simposios del Encuentro es "Teología intercultural e interreligiosa de la liberación", en el que participarán cualificados teólogos y teólogas de la tendencia liberadora de las diferentes tradiciones religiosas y espirituales.

7. EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO EN EL ÁMBITO ACADÉMICO

El diálogo interreligioso no es sólo un ejercicio práctico que se lleva a cabo entre las religiones de nuestro tiempo. Durante los últimos años se ha convertido en tema de estudio en los diferentes niveles de la enseñanza, preferentemente la universitaria. Sería deseable que se introdujera también en la primaria y en la secundaria. La enseñanza del diálogo interreligioso constituye hoy una de las prioridades de los programas de la UNESCO, enseñanza basada en el conocimiento recíproco de las religiones y espiritualidades por medio del aprendizaje de las mismas en perspectiva multi e interdisciplinar, y del análisis de las interacciones e influencias mutuas a lo largo de la historia y en nuestros días. Su objetivo es inculcar a la juventud el valor del respeto al otro.

La UNESCO cuenta con Cátedras de Diálogo Interreligioso en muchas partes del mundo. En 2002 eran las siguientes: Centro Rachi de Troyes, Universidad de Reims Champagne-Ardenne, Royal Institut for Interfaith Studies (Ammán), Centro para el Estudio del Islam y las Relaciones Islamo-Cristianas, Selly Oaks Collage (Birmingham, Gran Bretaña) Centro de Investigación de las Religiones del Libro, Laboratorio del Centro Nacional de la Investigación Científica (Paris), I École Pratique des Hautes Études, sección V (Historia de las Religiones), Universidad Tunis I (Túnez), Instituto Pontificio de Estudios Árabes y del Islam (Roma), Universidad Eslava Ruso-Kirguís (Kirguizistán), Universidad Al' Bayt (Ammán, Jordania) Elijah School para el Estudio de la Sabiduría de las Religiones del Mundo (Jerusalén), McGill University (Montreal, Quebec), Academia Internacional de Estudios de Historia de las Culturas y de las Religiones de la Academia Rumana, Facultad de Teología Ortodoxa de la Universidad de Bucarest, Facultades de Teología de las Universidades de Basilea y Friburgo (Suiza), Universidad Islámica de Tashkent (Uzbekistán), Centro de Estudios de las Religiones del Libro, Universidad Autónoma de Barcelona en fase de creación (Barcelona, España), etc.¹⁸

¹⁸ *Ibid.*, pp. 14-16.